



EL REINO DE DIOS ESTÁ DENTRO DE VOSOTROS

Escrito dominical, el 4 de diciembre

Muy saludable es para los cristianos meditar en Adviento y el sentido que éste tiene hoy para nosotros. “Adviento” es venida: celebración de la venida de Jesús en carne mortal (Navidad) y preparación para la segunda venida del mismo Jesús, Señor, en el horizonte de la vida de cada uno de los cristianos y al final del tiempo. Se dice que el *horizonte* es una línea imaginaria que se aleja cuando más cercana parece. Pero yo no puedo presentar de esta manera la llegada del reino de Dios, ni la de Cristo en su última y definitiva venida. Pero, ¿tenemos signos de cuándo será esa llegada?

Es verdad que, en dos mil años, el Cristianismo ha llegado a todas las partes del mundo, pero esta llegada de la sociedad cristiana o de los cristianos en todo el planeta a cualquier sociedad humana no se puede identificar con el Reino de Dios prometido por Cristo, que está, principalmente, en el corazón de los hombres. Sin embargo, en el corazón solo Dios ve. Por eso, evitaremos siempre los dos extremos: quejarnos de los pocos cristianos verdaderos que hay hoy en el mundo o presumir demasiado de lo grande que es la Iglesia Católica, con más de mil doscientos millones de bautizados. Estamos ante el misterio de Dios; solo sabemos que Dios quiere salvar a todos, pero ignoramos cómo y cuándo.

La verdades de fe siempre tienen dos aspectos, o, si queremos, dos puntos de vista desde dónde contemplarlas y que se complementen mutuamente. Así es también en esta verdad del reino de Dios que llega con la venida de Cristo. En primer lugar, el reino de Dios es interior, invisible; pero Dios invisible, por otro lado, se manifiesta también exteriormente. Queremos decir que la revelación de Dios en la tierra es la Iglesia y el Espíritu Santo está entre nosotros.

En el Concilio Vaticano II se discutió largamente si la Iglesia interior, invisible, se identifica con la institución eclesial que vive en la sociedad actualmente. Este fue un engorroso problema en la época de la Reforma protestante. Los padres conciliares establecieron que la realidad invisible es incomparablemente más rica y más perfecta. Pero la organización exterior, la liturgia, los signos sagrados, nos introducen en la unión con Cristo: cuando, por ejemplo, oramos juntos y participamos en la Eucaristía somos conscientes de que Dios está entre nosotros, para que se realice su Reino en el cielo y en la tierra, empezando por nuestro corazón.

Ahora, durante la celebración litúrgica, Él viene a nosotros sobre el altar pero, un día, vendrá en la plenitud de su gloria. Los predicadores siempre hablan de ese día como el día del juicio, para empujar a la conversión y a la penitencia. Ese día habrá condena del mal, y significa la victoria del bien y, por eso, los primeros cristianos esperaban con ansia ese día; pero igualmente lo esperan los cristianos de todos los tiempos. ¿También nosotros ahora lo seguimos esperando? Tal vez con mucha menos intensidad. Ellos oraban, como nos dice el NT pidiendo: “*Marana tha, ven Señor Jesús*” (1 Cor 16,22), y tenían como muy cierto que Jesús, en el libro del Apocalipsis, contesta: “Mirad, yo vengo pronto y traeré mi recompensa conmigo para dar a cada uno según sus obras. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último” (Ap 22,12-13). “Sí, yo vengo pronto. Amén. ¡Ven, Señor Jesús!”. Son las últimas palabras de la Biblia.

Sobre esta venida, he aquí las palabras de un gran predicador cristiano: “Esta es la diferencia entre la Escritura y el mundo. Si juzgáis por la Sagrada Escritura esperaréis siempre a Cristo; si juzgáis por el mundo, no le esperaréis nunca. El hecho es que, pronto o tarde, debe venir algún día. Los hombres mundanos se burlan ahora de nuestra incapacidad para discernir su venida. Pero, cuando Él venga, ¿de quién será la falta de juicio?, ¿de quién será la victoria? ¿Y qué piensa el Señor de esta burla de ahora? Nos previene expresamente, a través de su apóstol, contra quienes se burlan y dicen: *¡A dónde fue a parar la promesa de su Venida? Pues desde que murieron los padres todo sigue como al principio de la creación...*” Pero una cosa no podéis ignorar, queridos míos –continúa san padre–: que ante el Señor un día es como mil años y mil años como un día (2 Pe 3,4-8)” (J. Henry Newman, *Esperando a Cristo*, Madrid 2016, p.93).

DECISIÓN Y ÁNIMO

Escrito dominical, el 11 de diciembre

Estas dos palabras apuntan al corazón humano, a la hora de vivir la vida de testigo de Jesucristo. Las necesitamos para que, siempre con la gracia de Dios que precede y culmina nuestra acción, el bien común se difunda a todos los demás. Cercana la Navidad, quiera Dios que nuestras personas estén implicadas en el testimonio de Jesucristo que llega, y preparemos su llegada sin conceder nada a cuando de pagano se adhiere a Navidad. Esta fiesta cristiana es, sin duda, el inicio del misterio pascual de Jesucristo y se centra en Él que nace y que vendrá al fin de los tiempos.

Pero los discípulos de Cristo, sobre todo los fieles laicos, han de tener también decisión y ánimo en la sociedad en la que viven, pues su presencia creyente sirve para mejorarla, sin duda. Precisamente la esperanza es decisión y ánimo de cara al futuro, siempre poblado de posibilidades y de inquietudes. Ahora que se ha normalizado la actualidad pública del Gobierno de España y del Parlamento, pueden darse condiciones para caminar esperanzadamente de cara a ese futuro inmediato. Pero sería importante que se dieran algunas condiciones. A ellas aludía el Presidente de la Conferencia Episcopal Española en su discurso de apertura de la CVIII Asamblea Plenaria (21-25 noviembre de 2016).

“La esperanza y el pasado no se pueden separar”. Algo muy cierto, porque en nuestra historia como nación hay motivos para la humillación y para la gloria. Muchas cosas debemos recordar para corregirnos; es razonable. Pero lo es igualmente que nos sintamos legítimamente orgullosos de muchos hechos y acontecimientos de nuestra historia, reciente y antigua. ¿Por qué participar de esa tendencia tan española de sentir que hay que empezar de nuevo cada cierto tiempo, arrasando con todo lo anterior porque los que lo hicieron lo hicieron todo mal y tiene que desaparecer?

La corrupción con tantas personas implicadas y los diversos focos de contaminación ha degradado el servicio público. Es cierto: la falta de honradez causa irritación. Es así realmente, pero hay un modo de salir de esta situación: que cedan los partidismos en favor del bien común. Dejemos de ser maniqueos. Si deseamos reformar importantes proyectos fundamentales, todos debemos converger para el bien del interés general. Están en juego muchas cosas. Decía hace bien poco el Papa Francisco: “Si no hay diálogo habrá gritos”.

Y el diálogo en nuestra sociedad supone compartir una historia, tener planteados unos problemas comunes y buscar entre todos su respuesta, pero sobre la base de formar parte de la misma sociedad. Ha sido esta misma sociedad la que se ha dado unas leyes fundamentales. Las legítimas diversidades, y el respeto a ellas, necesita una amplia y fundamental base compartida y no rupturas que no se entenderían. Es una tentación constante en España pensar que no tenemos remedio. Nosotros, como católicos hemos de tener el debido respeto a nuestros conciudadanos, a sus opciones legítimas.

Pero también es legítimo decir que Dios y el hombre no son competitivos. Y nos parece desacertado afirmar que Dios debe ser excluido del horizonte mental para que el hombre actúe con responsabilidad de adulto. La obediencia a la Ley de Dios no lleva consigo la humillación del hombre, mientras que el olvido de Dios repercute negativamente en la vida personal y social de los hombres. Por ello, los cristianos subrayamos la dignidad de la persona, centro y sentido de las instituciones; el respeto a la vida de las personas en todo el recorrido de su existencia desde su generación hasta su muerte; la educación en la verdad y la libertad; la familia como ámbito humanizador fundamental. La familia vence la soledad y de su salud depende en gran medida la salud de la sociedad. Son verdades que se contienen en lo que Dios nos ha revelado.

Para nosotros queda como señal de nuestra pertenencia a Cristo las palabras del Señor: “Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y mi visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme” (Mt 25, 35-36). Como ha recordado el Papa Francisco en su última carta apostólica “Misericordia et misera”: “En una cultura frecuentemente dominada por la técnica, se multiplican las formas de tristeza y soledad en las que caen las personas, entre ellas muchos jóvenes... Se necesitan testigos de la esperanza y de la verdadera alegría para deshacer las quimeras que prometen una felicidad fácil con paraísos artificiales” (n. 3). Es una buena razón para decidirnos y animarnos a vivir la Navidad.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

DEL MALESTAR A LA ACOGIDA DE DIOS EN NAVIDAD

Escrito dominical, el 18 de diciembre

A poco que hayamos conocido el vivir de la vida y la fe cristiana en nuestra sociedad del bienestar, caemos en la cuenta de que a nosotros, si comparamos cómo la viven en África o en lugares de Latinoamérica, nos falta la sencillez de una fe arraigada en la vida en común, capaz de sostener las penalidades y sufrimientos de tantas privaciones. Sin duda que es diferente a esta fe, muchas veces atormentada y problematizada, que conocemos entre tantos de nosotros, los católicos españoles. La alegría de la fe en las personas, especialmente en los niños, no es fácil percibirla en nuestra sociedad. No quiero con esta afirmación decir que volvamos a la precariedad de vida de los países de África o América, que es sin duda injusta.

Pero es necesario aprender y cambiar el corazón. Nuestra cultura ha perdido el camino y no encuentra remedios eficaces para recuperarse. Llegamos a poner en duda los frutos de la civilización que nos vio nacer. ¿Qué nos pasa a los europeos? Y, de manera singular, ¿qué nos pasa a los cristianos europeos? Será difícil guiar por “los caminos del bosque” de nuestra sociedad, pero no podemos seguir en una sociedad del mero espectáculo o de un consumismo rampante. Porque el malestar que sentimos no se puede explicar limitándose a los factores económicos de la crisis, aunque haya sido grave en los últimos años. Ahí está, por ejemplo, la caída dramática de la natalidad y las dificultades crecientes para integrar la emigración. ¿Y qué decir de los fundamentalismos y los populismos?

¿En qué consiste esa pérdida de confianza ante la propia experiencia de vida? En que no conseguimos que el conocimiento de nosotros mismos, de los demás y del mundo conserve su carácter de signo del fundamento, de ese misterio al que todos llaman Dios. Que no tenemos gramática para leer lo que la realidad nos dice. Y así se pone en peligro la razón, la libertad y la misma realidad. Se encienden las alarmas de peligros que nos acechan. Es la dimensión antropológica (lo que somos como hombres y mujeres) y religiosa la que nos está fallando para que haya una válida convivencia y una paz en nuestra sociedad.

¿Quién ha fallado? Tal vez, todos. Por lo que se refiere a los cristianos, ya dijo Juan Pablo II que “una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida” (Juan Pablo II, discurso el 16 de enero de 1982). El Papa con esto no quería decir que la fe se diluya hasta trocarse en mera cultura; reivindica la capacidad de la fe para modificar a fondo lo que mueve a la gente a un modo concreto de vivir y pensar las grandes cuestiones que afectan a la vida. Para superar nuestras dificultades necesitamos comprender el cristianismo y la fe cristiana de modo que sintamos que Cristo es un acontecimiento que nos ha sucedido y nos sucede; y además que esta fe en Jesús tiene una racionalidad propia de este acontecimiento singular de la historia que es la aparición del Hijo de Dios en ella, su nacimiento.

El anuncio cristiano, pues, tiene la pretensión de suscitar una “novedad inaudita, que da a la vida un horizonte nuevo y con ello una decisión decisiva”. Son aquellas famosas palabras de Benedicto XVI, que retoma el Papa Francisco en “La alegría del Evangelio”, n. 7: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Deus caritas est, 1).

Podemos vivir la celebración de la Navidad desde este horizonte: no es algo que sucedió y su eco ha ido perdiéndose en el transcurso del tiempo; es el misterio del acercamiento y salvación de la humanidad, que comienza con el nacimiento de Jesús. Toda una caricia de ternura de Dios Padre, que realiza un intercambio con nosotros inaudito y asombroso. Es su Venida, preludio de la que sucederá la final de los tiempos, pero que ya ha comenzado de un modo misterioso. Gocemos en ella. Feliz Navidad.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España

CANTAR LA NAVIDAD

Escrito dominical, el 25 de diciembre

Hay que cantar la Navidad», oíamos de pequeños, cuando pedíamos el aguinaldo y nos lanzábamos con nuestras voces a entonar los villancicos que conocíamos, que no eran pocos, algunos de los cuales, recuerdo, tenían letras muy teológicas que unían la Navidad a la Semana Santa, el nacimiento de Jesús a su muerte. Hoy también la gente canta en Navidad, pero menos y, en menor proporción, villancicos navideños. En ocasiones incluso he escuchado que para qué cantar si en nuestro mundo hay dolor, guerra, desamor, egoísmo, persecución por odio. Además, existen aquellos que la Navidad les trae nostalgia o recuerdos de seres queridos que ya no están. Pero hay que cantar. Veamos razones para ello.

El evangelio de la Misa de Medianoche (Misa del gallo) nos relata al final que una multitud de ángeles del ejército celestial alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad» (Lc 2,14). La Iglesia ha amplificado en la Gloria esta alabanza, que los ángeles entonaron ante el acontecimiento de la Nochebuena, haciéndola un himno de alegría sobre la gloria de Dios: «Por tu inmensa gloria, te alabamos, te bendecimos, te damos gracias...» Sí, hermanos, damos gracias a Dios por su belleza, por su grandeza, por su bondad, que en esta noche se manifiesta. La aparición de la belleza, de lo hermoso, nos hace alegres, sin querer preguntarnos por su utilidad. Estamos cansados de hacer cosas meramente útiles, eficaces... y nada más. La gloria de Dios, de la que proviene toda belleza, hace saltar en nosotros el asombro y la alegría.

Quien vislumbra a Dios siente alegría, y en esta noche vemos algo de su luz. Sin duda. Pero el mensaje de los ángeles habla también de los hombres a los que se desea la paz. ¿Qué hombres? «Paz a los hombres que Dios ama». Pero san Jerónimo tradujo esta frase del griego de otro modo: «Paz a los hombres de buena voluntad». ¿Con cuál nos quedamos? Leámoslas juntas para entender mejor. Sería, por ejemplo, equivocada una interpretación que entendiera que en Navidad solamente se da el obrar de Dios, como si Él no hubiera llamado al hombre y la mujer a una libre respuesta de Dios. Pero también errónea la interpretación moralizadora, según la cual, el ser humano podría con su buena voluntad redimirse a sí mismo. Ambas cosas van juntas: gracia y libertad; el amor de Dios, que nos precede, y sin el cual no podríamos amarlo, y nuestra respuesta, que Él espera y que incluso nos ruega cuando nace su Hijo.

El entramado de gracia y libertad, de llamada y respuesta, no lo podemos dividir en partes separadas una de otra. Las dos están indisolublemente entrelazadas entre sí. ¿Saben por qué? Porque esta palabra es promesa y llamada a la vez. Dios, en efecto, nos ha precedido con el don de su Hijo. Una y otra vez, nos precede de manera inesperada. Pero no deja de buscarnos, de levantarnos cada vez que lo necesitamos. No abandona a la oveja extraviada en el desierto en que se ha perdido. Dios no se deja confundir por nuestro pecado. Él siempre vuelve a comenzar con nosotros. Sin embargo, espera que amemos a los demás con Él. Nos ama para que nosotros podamos convertirnos en personas que aman junto con Él, y haya así paz en la tierra. Paz que falta y que es necesaria. Amor que falta, como falta justicia, como falta acercarnos al caído, al más pobre y abandonado, como sobran juicios duros sobre las personas.

Curiosamente san Lucas no dice que los ángeles cantaran: solamente que el ejército celestial alababa a Dios. Pero los hombres siempre han sabido que el habla de los ángeles es diferente al de los hombres; que precisamente en esta noche del mensaje gozoso éste ha sido un canto en el que ha brillado la gloria de Dios. Por eso, el canto de los ángeles ha sido percibido desde el principio como música que viene de Dios, más aún, como invitación a unirse al canto, a la alegría del corazón por ser amados por Dios. ¿Queréis uniros a este cántico? Para san Agustín, cantar es propio de quien ama. Os invito a asociaros llenos de gratitud a este cantar de todos los siglos, que une cielo y tierra, ángeles y hombres. Le pedimos al Señor que cada vez seamos más las personas que aman con Él, y que seamos hombres y mujeres de paz.

Feliz Navidad para todos.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo y Primado de España